Los miniseres
Eva Manzano
Ilustraciones de Maite Gurrutxaga
nórdicainfantil

Eva Manzano

Los miniseres

Ilustraciones de Maite Gurrutxaga

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Para Diego,
que tienes la mejor edad del mundo.
¡Sueña con las aventuras más increíbles!
E. M.

Si tienes que decir alguna cosa, este es el momento. Te daré una dirección pasajera, no permanezco mucho tiempo en el mismo sitio. Pero, si me buscas, seguro que das conmigo.

Necesito tu ayuda. Sí, lo has oído bien. No puedo hacerlo sola, es un trabajo interminable. Tendría que tener ocho ojos, ¿qué digo?, necesitaría tener veinte manos y cincuenta pies. No, no sería suficiente, debería disponer de cien orejas. ¿Te imaginas mi cabeza con cien orejas? No cabría la nariz, que es muy importante para olerlos una vez que los puedas reconocer.

Por eso, necesito tu ayuda. Porque así seremos más ojos y mentes. Y las mentes son imprescindibles para reconocerlos y saber de ellos.

¿Que de qué hablo? ¿No te lo he dicho todavía? Pues de los miniseres.

¿Que no te suenan de nada? ¡No me digas eso! ¡Mira a tu alrededor! Está bien, intentaré contártelo de la manera más sencilla…

Los miniseres

¿Nunca has visto a los miniseres? ¡Ja, eso es lo que tú te crees, porque ellos sí que te han visto a ti! Mira a tu alrededor, son diminutos y se encuentran por todas partes. A lo mejor no te has dado cuenta de su presencia pese a que vives en **su casa** o, lo que es lo mismo, **tu casa**. Antes de contarte lo que sucedió, te diré breve y rápidamente cómo son y dónde encontrarlos. Aunque la verdadera agenda de miniseres está al final del libro…

Los **colchonutos** son peludos, greñudos y van siempre desnudos. Se comen sueños que andan por la cama y babas de la almohada, y son los más perezosos junto con los **sofazanes** o **sofazosos**, que son bastante marmotas. También están los **alfombrillos**, con sus dieciséis patas, que escalan por las alfombras y por los pies. En cambio, las **parédulas** suelen ser anchas como tortillas aplastadas y les encanta escurrirse por la pared. Son amigas de los **cristalritas**, que ya te imaginas dónde viven. Más abajo, a otra altura, están los **mesaposas** y **sillapejos**, que los encuentras por el comedor o los dormitorios. ¿Has oído un eructo de mesaposa? Un sonido tan bajito que parece el crujido de una miga al aplastarla. ¿A que has escuchado alguno? Los miniseres son diminutos, pero están alrededor de ti: las **motas de polvo**, los **minifantasmas**, los **armarionones** o las **puertitis**, que transmiten mensajes entre diferentes habitaciones con un sonido «ñiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiñ».

Resulta adecuado mirar al suelo para no pisar a los **chupapasillos**, que están enamorados de las **bolapompas** de los baños y las duchas, muy juguetonas y que explotan de risa. Porque las historias de amor entre los miniseres son famosas. Sobre todo, aquella entre un **basureta** y un **hada de toda la vida** que ahora voy a contar.

Capítulo 1

ALGO QUE CORRETEA

Jimena miró por debajo de sus pies. Había sentido algo y dio un respingo que le erizó toda la piel, igual que al gato de su amiga Leo que, cuando se asustaba, parecía tener cien mil cerillas clavadas en vez de pelos.

Pero Jimena no tenía gato ni perro. Hace cinco años, cuando cumplió nueve, le regalaron dos peces, uno naranja y otro negro, que vivieron en un acuario en el que las plantas crecieron tanto que los peces se dejaron de ver. Ese ecosistema de océano-jungla fue la única fauna que tuvo Jimena. Por ese motivo, la sensación de haber visto corretear algo por la alfombra, alrededor de sus calcetines, era de lo más extraño. Normalmente, lo único que correteaba a su alrededor era su hermano pequeño, Diego, y no pasaba desapercibido. Todo lo contrario, gritando y dando saltos, Diego entraba sin avisar. La verdad, pensó Jimena, ella habría sido un excelente puercoespín porque había muchas situaciones que le ponían los pelos de punta.

—¡Otra vez! ¡Aaaaaaaaay! ¿Qué es esto? Jimena no veía nada por más que miraba debajo de la mesa. Así no se iba a concentrar en los deberes.

—¡Mañana tengo el examen de Mate-máticas! —se decía Jimena cruzando los dedos de las manos—. Eso es, estoy nerviosa y me imagino cualquier excusa con tal de no hacer fracciones. ¡Voy a suspender! Jimena se estiró como si le hubiera dado un calambre. —¡Aaaaaaaaah, me estoy volviendo majara! ¡Lo he vuelto a sentir! Necesito gafas, no veo nada, solo los pelos de la alfombra. Ya sé, son los ácaros, lo vimos el otro día en clase de Biología, hay miles… ¡Dios mío! ¡Me han invadido los ácaros! ¡Mamaaaaaaaaaá!

Y, como un relámpago, subió los pies sobre la silla.

Su madre acudió aterrorizada pensando que se había electrocutado o que la estantería había caído sobre su cabeza —las mentes de las madres son siempre tan encantadoras—, y cuando entró en la habitación, no vio más que a su hija con las piernas recogidas sobre la silla.

—¡Jimena! ¿Qué haces? ¿Así es como estudias?

—Hay algo ahí debajo que corretea. Lo he sentido dos veces.

—¿El queeeeeé? ¡Sí, mira! Son tus nervios, están ahí hechos un manojo y cuando mañana te pregunten sobre fracciones contestas que algo te ha rozado los pies. Jimena bajó los pies de la silla. A lo mejor su madre tenía razón. La verdad es que no se le daban bien las matemáticas y podía inventar cualquier excusa con tal de no estudiarlas. En ese momento, Diego entró corriendo en la habitación, aunque lo tenía prohibido y más cuando su hermana tenía que estudiar. —¡Hola, cabezahueca! Mira, he entrado. ¡Estoy en tu territorio!

Diego retaba a Jimena porque en su puerta había un cartel en el que se leía:

¡PROHIBIDO EL PASO!

Capítulo 2

UN PROBLEMA MUY PEQUEÑO

Cuando los miniseres se encontraron la puerta cerrada y la rendija de debajo tapada con la alfombra no supieron bien qué hacer. Normalmente entraban por aquella rendija y esto, sin duda, era un muro interpuesto en «su» casa. Entonces, vieron el cartel y un chupapasillo lo leyó con parsimonia.

—PRO-HI-BIIII-DO EL PAAA-SO.

—¿A nosotros? —preguntó una parédula que trepaba por el cartel para chupar la tinta del boli.

—¡Pero… si es nuestra casa! —contestó el miniduende, que ya empezaba a estar harto de aquella reunión en el pasillo. —Jimena tiene siempre mal genio y grita mucho. ¡Mejor que no salga! —comentó un minifantasma.

—A mí me gusta, es tan guapa… Y cuando se enfada, aún más. También me encantan las migas que se le caen de sus bocadillos —se relamió un chupapasillos. —A ver, ¿dónde están las puertitis? Menos mal que habéis llegado. Agrandad la rendija de la puerta y que un voluntario pase por debajo.

—¡Yo, yo! —se ofreció un basureta.

—No, tú no. Creo que hay una cáscara de plátano encima de la mesa y te pondrías a comer sin hacer nada más.

—¡Tengo que entrar! —exigió un armarionón, ansioso. Su voz sonaba hueca y profunda a pesar de su pequeño tamaño.

—Y yo también quiero entrar —continuó una armarionona—. ¡Nuestros hijos están dentro! ¡Es nuestra casa, no la de esa giganta!

—¿Qué es todo este ruido? ¡No se puede dormir! —interrumpió un colchonuto asomándose desde el dormitorio de los padres, que los miniseres llamaban la Península de Colchoberia. Un resplandor iluminó el pasillo. Era Halmir, el hada de toda la vida. No se solía dejar ver a menudo, así que los demás miniseres se quedaron contemplando sus alas. Carecían del color dorado habitual y eso significaba que algo le preocupaba.

Halmir saludó, pero antes de que pudiera hablar todos contaron a la vez lo que había pasado. El miniduende Poc, impaciente, chilló sobre las demás voces: —¡Ya lo sabe! Ella ya lo sabe.

—Aaaaaaaaah, es verdad —asintieron todos, salvo el colchonuto que se había quedado dormido aprovechando el resplandor del hada.

—Escuchad —explicó Halmir—. La giganta a la que insultáis es nuestra querida Jimena. ¿Por qué os enfurecéis enseguida? No olvidéis que esta también es su casa. Siempre nos olvidamos. —¡Mira, no nos deja entrar! —gritaron.

—¡No es eso! La alfombra impide el paso por debajo de la puerta. Los alfombrillos del Sudeste ya están solucionándolo. Y las puertitis acaban de abrir una rendija. Halmir abrazó a la armarionona y al armarionón, aunque la armarionona le dio un manotazo al armarionón cuando vio cómo este sonreía al hada. —¡Ay! —continuó hablando el hada—. No es esta puerta cerrada la que me ha traído hasta aquí. Tengo que contaros algo. Nos reuniremos en la Comarca Central de Alfombrix dentro de una hora. ¡Avisad al resto de la comunidad de miniseres!

Capítulo 3

LA HABITACIÓN QUE MÁS MOLA

Diego era el hermano de Jimena y al que esta prohibía la entrada. Bueno, se la prohibía a él y a cualquiera que tuviera la misma particularidad: ser más pequeño que ella.

—He crecido mucho —se dijo Diego a sí mismo mirando las señales de lápiz en la pared que había hecho su abuelo en cada uno de los cumpleaños de sus nietos—. No sé qué le pasa a Jimena últimamente, desde que tiene catorce, parece que tiene cuarenta. No, mejor, cien años… Eso, eso… Foy Fimena, fengo fien años, no fengo fientes y foy la feñora máf malhumorafa del planefa —cantaba Diego imitando a su hermana de viejita.

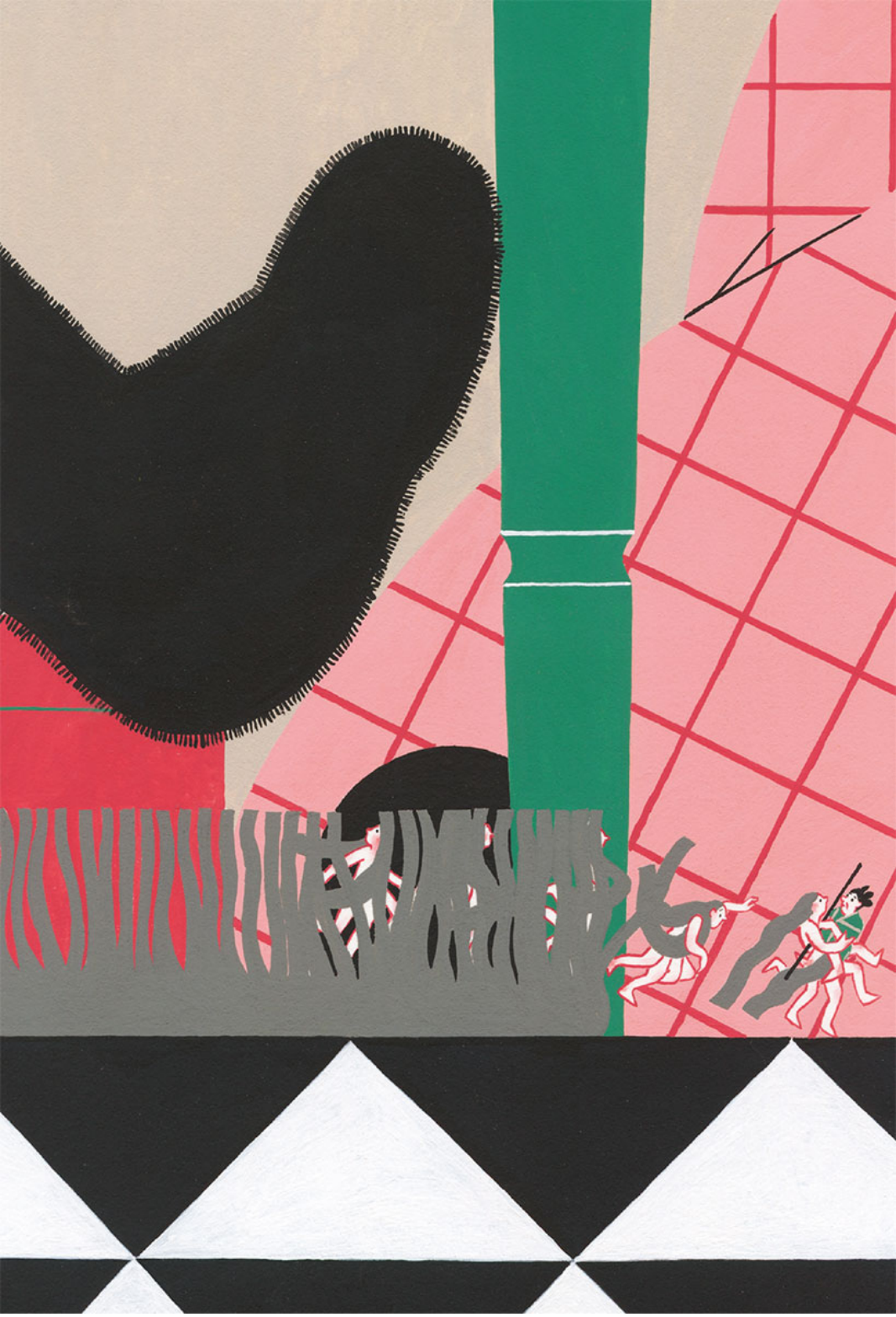
Los alfombrillos del cuarto se partían de risa al ver a Diego.

—Nuestra comarca mola, es la más divertida —decían.

Diego se encorvó como una vieja con joroba y empezó a cojear por la habitación diciendo: —Foy Fimena, fff, fffoy Fimena. Daba vueltas enloquecido, subiéndose por todas partes.

—¡Ffff, fff, ffff!

Hasta que, de repente, se cayó de bruces sobre la alfombra. Otro ruido paralelo, casi imperceptible, se escuchó desde el suelo:



Los alfombrillos se asustaron al ver a Diego caer. Rápidamente recogieron a un sillapejo muy viejo que apenas podía moverse y estuvo a punto de ser aplastado. A este plan de evacuación se unió una familia de lamparoros que, en ese momento, bajaban del techo para ir a la reunión.

A los miniseres les encantaba Diego. Para ellos, era un gigante y vivir en su habitación, toda una aventura. Porque los terremotos, cuando Diego removía el baúl de los juguetes, eran emocionantes. O, cuando corría por la alfombra y soplaba, sus soplidos se convertían en verdaderos huracanes que hacían volar a los miniseres a la otra punta de la habitación. Sin embargo, a pesar de los frecuentes planes de evacuación, le perdonaban sus travesuras, porque era muy divertido. Además, el cuarto de Diego era el de los cuentos. A esa hora, todos los miniseres se acercaban: bolapompas, minifantasmas, cristalritas, parédulas y los demás llegaban desde los rincones de toda la casa a escuchar las historias.

Diego, tumbado en el suelo, colocó las manos como si agarrara un telescopio y dijo:

—¡Atención, atención! Parece que hay algo que se mueve ahí, al lado de la ventana, ¿quién eres tú? ¡Ah, ya, si vienes a molestar a los Reinos Invisibles te las tendrás que ver conmigo! Mientras, hacía ruidos y giraba el telescopio imaginario de una dirección a otra.

—¡No dejaré que les hagas ningún daño! ¡Detente! ¡Bajaré la cúpula de protección antienemigos! Ñññññiiiiiiiiii, cúpula de protección activada hasta nuevo aviso.

Un olor a comida avanzaba por el pasillo y se escuchó la voz de su madre diciendo: «¡A cenar!». A la vez, la voz de Halmir también se oía en el salón llamando a todos los miniseres: la Asamblea Extraordinaria había comenzado.

Capítulo 4

UN ACONTECIMIENTO INESPERADO

Había un gran revuelo en la Comarca Central de Alfombrix. En otras ocasiones se habían juntado los miniseres, pero ahora no parecía que hubiera nada alarmante, al contrario, la familia de humanos estaba cenando al lado, a menos de un metro de la Comarca de Alfombrix y, sin embargo, el rostro de Halmir expresaba una gran preocupación. El hada de toda la vida les dio la bienvenida. Halmir replegaba las alas que parpadeaban como dos fósforos. Sus pómulos también se iluminaban cuando repetía preocupada: «¡Cuidado!, ¡cuidado!».

—Escuchad, ha habido desapariciones de miniseres en las zonas lejanas desperdigadas por la ciudad. Debéis estar alerta.

—Son los humanos, ¡lucha!, ¡lucha! —gritaron los armarionones.

Uno de los colchonutos, de nombre Ronqui, aclaró:

—No entiendo, ¿estamos en peligro? Los miniseres vivimos con los humanos desde que estos existen. Los miniseres prehistóricos nos dejaron su legado «Cómo sobrevivir y ser feliz al lado de un humano». Y así lo hemos hecho.

—No creo que sean ellos —dijo una sofazosa—. ¡Miradlos! Están

ahí cenando y no se dan cuenta de que nosotros estamos aquí, a su lado. Cuarenta miniseres reunidos a menos de un metro suyo. ¡No nos ven!

—¡Atención! No sabemos quiénes son los responsables de las desapariciones —dijo Halmir—, no tenemos ninguna certeza. Solo debemos ser más precavidos. —¡Oh, oh, creo que va a haber problemas! —se temía un alfombrillo.

Un basureta llamado Cáscara que, por cierto, estaba enamorado del hada de toda la vida, había trepado a la mesa donde la familia cenaba. De un salto, se encaramó al plato de sopa de Jimena. Desde el borde, comenzó a gritar a los miniseres que lo miraban desde la alfombra estupefactos:

—¡Mirad! ¡No nos ven! Y comenzó a hacer muecas delante de Jimena mientras estiraba las orejas y sacaba la lengua. Entonces sucedió lo inesperado, Jimena dio tal manotazo a la mesa que los vasos y cubiertos se levantaron por los aires. Y también el pobre Cáscara salió volando mientras decía: —¿Lo veeeEEEIIIIIIIS? ¿Lo veeeEEEIIIIIIS? ¡IIIIIIIIIMMMPOOOOOsiiiiiiiiiiibleeeeee!

—¡Aaaaaaaaaajjj! —gritó Jimena fuera de sí—. ¡Hay un bicho en la mesa! —¿Un bicho? —preguntó Cáscara asustado mientras aterrizaba, mirando a todas partes como si fuera a aparecer una cucaracha dispuesta a zampárselo.

—No hay ningún bicho —respondió la madre, que ya comenzaba a pensar que su hija estaba mal de la cabeza.

—¡Un bicho! ¡Un bicho! Lo he visto en el borde de mi plato. ¡Era asqueroso! ¡Aaaaaaj! —Jimena escupió la sopa. «En el borde del plato solo estaba yo», pensó Cáscara, que se encaminaba de vuelta hacia Jimena sorteando la jarra y la sopera, y se encaró a ella:

—¿Asqueroso? ¡Entérate, niñata, yo no soy asqueroso! Bueno, quizá un poco… Soy un basureta, ese es mi encanto…

Desde la alfombra, los miniseres contemplaban la escena haciendo señas a Cáscara para que huyese. Las motas de polvo ya estaban preparadas para el rescate, y los sillapejos y mesaposas reptaban para ayudarlo, cuando ocurrió lo más temido.

—¡Siéntate bien y termina la sopa! —chilló la madre—. ¡Qué bicho, ni qué bicho! Estás muy nerviosa, a ver si va a ser una insolación. O la varicela, cada vez estás más roja.

—Termina de cenar —dijo el padre manteniendo la calma, pero su cuchara voló de nuevo por los aires cuando Jimena golpeó la mesa con la barra de pan, como si cazara algo invisible.

El duende y el hada ayudaron a los miniseres a refugiarse debajo del sofá, el lugar más cercano y seguro. El grito de «¡Basta ya!» del padre, tan enfurecido que parecía un luchador con un tenedor en una mano y la servilleta en la otra, paralizó a Jimena como una extraña estatua que sostenía una barra de pan.

Al mismo tiempo, el equipo de emergencia de los miniseres, compuesto por las motas de polvo, los sillapejos y los mesaposas, buscaba a su amigo basureta por debajo de los platos y las servilletas. No encontraron nada. No habían llegado a tiempo: Cáscara había desaparecido. —Jimena, ve a tu habitación y deja la sopa, te voy a preparar una tila. —La madre corrió hacia la cocina.

—¿Y yo? ¡Yo también veo bichos todos los días! —protestó Diego —. ¿Puedo dejarme la sopa?

Capítulo 5

PÁNICO BAJO EL SOFÁ

Los miniseres, tras el incidente, habían preparado un campamento bajo el sofá esperando a que los humanos marcharan a dormir. Era demasiado peligroso salir después de lo sucedido.

—¡No os preocupéis! —dijeron los sofazosos calmando al resto—. En el sofá estamos seguros, lo conocemos muy bien.

—Los más pequeños, venid conmigo, aquí hay una esquina donde podéis dormir —tranquilizó una mamá sofazosa.

—Traed un poco de agua de las hojas de las plantas, las acaban de regar.

—¡Qué miedo! —sollozaban los más jóvenes—. ¡Pobre Cáscara!

—¿Qué vamos a hacer si nos ven? —preguntó una pequeña puertitis. —¡Piensan que somos bichos! —lloraban los cristalritas. Las bolapompas dejaron de flotar de los nervios, aunque debajo del sofá no tenían demasiado espacio. Las parédulas intentaban agarrar la tela, pero se desprendían. Las únicas que estaban cómodas eran las motas de polvo, acostumbradas a cualquier tipo de espacio, y recogían entre sus brazos de polvo a los miniseres bebés. De pronto,

una enorme sacudida hundió el techo del sofá y cundió el pánico.

—¡Por favor, por favor! ¡Calma, calma! —gritó el duende.

Todos callaron al ver que había doblado su tamaño. A los duendes el peligro los enciende y, ahora, Poc se parecía a un sapo fluorescente. Bajo su luz verde, los miniseres comenzaron a relajarse, a pesar de los cuatro pies gigantes de humanos que se veían delante del sofá.

—Descansemos lo que podamos. Nece-sitamos toda la energía —susurró Halmir—. Parece que Jimena es la única que nos ve. Quizá solo unos pocos humanos pueden divisarnos. Debe partir una expedición para ponerse en contacto con los miniseres de zonas lejanas y saber si ocurre lo mismo en otras partes de la ciudad. Necesitaré seis voluntarios.

—Yo iré con ellos —se ofreció el duende.

—No. Mejor quédate aquí, en la casa. Iré yo —sugirió Halmir.

—De acuerdo, entonces, enviaré a un par de motas de polvo a investigar por otro lado. ¡Mo! ¡Ta! ¡Iréis vosotras! —ordenó Poc.

Las dos motas de polvo, a modo de palomas mensajeras, partieron a través de la ventana. A la vez, un revuelo de sublevados se formó en una esquina del sofá pidiendo vengarse de Jimena por la desaparición de su amigo. —¡Nada de venganzas! —intervino Halmir rápidamente.

—Lo de Cáscara no ha sido culpa de nadie salvo de él mismo por exponerse así. Jimena es nuestra Jimena, la conocemos desde que era un bebé, ¿no os acordáis? —explicó el duende. —¡Por favor! ¡Sed pacientes! —pidió Halmir.

Un clic del televisor anunció que los padres se iban a la cama. En unos minutos, la casa quedaría a oscuras, el momento para que Halmir y los seis voluntarios partieran. Los despidieron en la puerta.

Cuando la expedición se hubo marchado, unos cuantos miniseres se escaparon de debajo del sofá, desobedeciendo las normas. «Cáscara, esto no va a quedar así», clamaron, y se encaminaron hacia el dormitorio de Jimena.

Capítulo 6

UNA EXPEDICIÓN A LA DERIVA

El grupo de miniseres descendía los escalones del edificio, no les gustaba coger el ascensor. Además, no alcanzaban al botón de llamada. Al llegar al segundo piso, observaron que una señora humana salía de su casa y se colaron para ver si había algún miniser vecino. La puerta de la cocina estaba abierta. El hada se dirigió a los armarios bajo la encimera y comenzó a brillar para llamar la atención.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Entre las barras de pan, de una caja alargada de madera, se escuchaba un sollozo. El hada voló hasta la panera y descubrió a una joven basureta que lloraba desconsoladamente. —¡Tranquila! Soy amiga de Cáscara, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Miga —contestó la joven basureta mientras se secaba los minilagrimones.

La luz dorada del hada iluminaba los panes como si fueran montañas, lo que hacía parecer a Miga todavía más pequeña.

—¿No hay nadie más en la casa?

—Sí, está la tortuga, pero la familia todavía no ha llegado.

—¿Y los demás miniseres?

—Se fueron. Tenían miedo. Yo me quedé, porque me da más miedo pasar hambre.

Bajo la encimera, el resto de la expedición esperaba. Efectivamente no habían encontrado a nadie. Miraban a Miga con simpatía, era como la harina y tenía los mofletes sonrosados. Su traje, hecho de pan, le hacía parecer todavía más gordita. Desde arriba, Miga saludó.

—Hola —contestaron todos.

—Miga, debemos irnos, y tú también. Es peligroso quedarse aquí. Te prometo que intentaré que no pases hambre. Nos aprovisionaremos con víveres, seguro que tú sabes dónde encontrarlos.

En la cara de Miga se dibujó una sonrisa: si algo sabía, era dónde guardaba la familia las galletas, el chocolate y la fruta.

La tortuga les dijo adiós y la miniser le dio un beso en el caparazón, antes de colarse por la rendija de la puerta y salir de la cocina. En el descansillo a Miga se le encogió el corazón: ¿quién sabe lo que iban a encontrarse más allá de las fronteras?

Capítulo 7

LA VENGANZA

Cuando las cosas van mal, tienden a empeorar. Desde luego, si el hada de toda la vida hubiera estado allí, habría descubierto el plan que algunos miniseres tramaban. Los amigos de Cáscara estaban muy nerviosos. De pronto, toda la tristeza que sentían se transformó en ira, y la ira en venganza.

Seis miniseres se encaminaron directos a la habitación de Jimena, encabezados por el alfombrillo Tritón, que echaba de menos a Cáscara, con el que había pasado largas noches tumbados en la alfombra viendo el techo y las sombras. Los acompañaba una bolapompa llamada Iris, que se reía mucho con Cáscara y jugaba a perseguirle con su olor a jabón. Y completaban el comando Bab, el chupapasillos; Grisa, la puertitis; Manubrio, el armarionón; y Chisp, la lamparoro.

El plan estaba funcionando: habían conseguido llegar hasta la puerta de Jimena que, en ese instante, salía a lavarse los dientes. Era el momento perfecto para tomar posiciones. —No tenemos demasiado tiempo—apresuró Tritón.

—Cinco contra una giganta, debemos estar locos —advertía Chisp

mientras ayudaba a los demás a subir a la lámpara y balancearla entre todos con fuerza.

Cuando Jimena entró en la habitación, los miniseres se lanzaron desde el techo sobre ella al grito de «¡Por Cáscara!». Situados sobre su cabeza, le cerraron los ojos y Tritón, arrugando la alfombra, consiguió que Jimena perdiera el equilibrio y cayese al suelo. Rápidamente, el chupapasillos Bab, consciente de que su misión era la más peligrosa porque si fallaba caería en las fauces de la bestia, le tapó la boca. Había robado una horquilla y se la clavaba ligeramente en un lado del cuello diciéndole al oído:

—Como te muevas, te ponemos esta inyección.

Puso cara de no saber bien lo que decía: lo había visto en una película, precisamente con Cáscara, y ninguno lo entendió, pero sonaba estupendamente. —Abridle los ojos —ordenó Bab con tono de minigánster.

La verdad es que tenía una voz heladora, como si fuera un congelador, y Jimena estaba muy asustada. No tenía ni idea de lo que había sucedido para encontrarse tumbada en el suelo. Ahora entró en escena la bolapompa Iris y, como si fuera una médium del más allá, comenzó a moverse temblorosa por la habitación.

—Jimeeenaaa, saaaabeeeemoooos que te has comidoooo a un miniseeeeer.

El chupapasillos Bab, al mirar embelesado a la bolapompa de la que estaba enamorado, se olvidó de apretar los labios a Jimena.

—¡Yo no me he comido a nadie! ¿Quiénes sois vosotros? ¡¿Qué me pasa?! ¡Veo pompas que hablan!

—Somos los miniseres —se presentó Bab y, antes de que Jimena gritara, logró amordazarla de nuevo.

La bolapompa miró a sus amigos y puso cara de «¿Y ahora qué digo?». No hizo falta decir nada, todos empezaron a hacer preguntas a la vez: «¿Dónde está Cáscara si no te lo has comido?», «¿Por qué nos ves?», «¿Alguien más conoce nuestra existencia?».

Estaban muy nerviosos y ya pensaban que el plan iba a fracasar cuando la puerta se abrió… y apareció Diego.

Capítulo 8

INTERCAMBIO DE REHENES

Cuando Diego vio a su hermana atada en el suelo, por un momento estuvo a punto de echarse a reír. Pero la situación era alarmante: unos pequeños seres mantenían a la fiera de Jimena en el suelo, como si fuera una niña pequeña, mucho más pequeña que su hermano. Diego extendió el brazo y les enseñó un frasco de cristal.

—Tened cuidado o vais a ver qué hago con vuestro amigo.

Los miniseres, que no veían muy bien, porque imaginad lo grandes que eran las distancias para ellos, pensaron: «¿Ahora qué quiere este que nos enseña un bote de mermelada vacío?». Iris, que seguía flotando en la habitación ejerciendo de médium, se aproximó y observó un pegote de mermelada que se movía. Al acercarse más, descubrió a su amigo, el basureta, dando saltos, moviendo los brazos aplastado contra el cristal y haciendo muecas.

—¡Ey, es Cáscara! —chilló Iris, llena de alegría.

—¡Yuuujuuuuuuu! —gritaron los demás que saltaban encima de Jimena para no soltarla.

—¡Intercambio! —dijo Diego acercando el bote para que lo pudieran ver mejor—. Mi hermana por vuestro compañero. Hum,

aunque querría tenerlo como amigo…

Los miniseres, sin pensarlo, aceptaron la propuesta porque, para eso, no son muy estratégicos. Jimena ya tenía cara de alivio, pero se veía en sus ojos una mezcla de agradecimiento con un «os vais a enterar de quién soy yo». Los miniseres se preparaban para soltarla cuando Diego levantó la mano.

—¡Esperad! Antes de que la liberéis, quiero asegurarme de unas cuantas cosas. Diego se acercó a la cara de su hermana, hasta que casi se rozaron sus narices, y le hizo unas peticiones:

—Prométeme que no me vas a dar manotazos en la cabeza, que me vas a llamar por mi nombre en vez de «mocoso», «plasta» o «enano». Que no me vas a hacer burla delante de tus amigas ni me vas a chantajear más. Y que no me vas a obligar a hacer los recados que te manda a ti mamá.

Jimena lo miraba, con el chupapasillos encima de sus labios, y asentía con la cabeza a toda la lista de peticiones de su hermano. Los demás miniseres, repartidos por puntos estratégicos del cuerpo de Jimena, también movían la cabeza diciendo que sí, aunque la cosa no iba con ellos.

De pronto, el alfombrillo, muy dispuesto, se estiró, porque andaba siempre un poco enrollado, y alzó su voz:

—¡Prométenos tú que no nos vas a hacer daño!

—¡Sí, eso! —continuó Iris, envalentonada—. Eres muy grande y puedes ser muy peligroso.

—Eso… ¡Invasores de nuestra casa! —le acusó el chupapasillos.

—¿Os parezco muy grande y peligroso? Eso me gusta, ¿has oído, Jimena? Es verdad que vosotros sí que sois pequeños. Más bien, sois diminutos.

—Haremos un pacto: vosotros nos contáis por qué nos veis y si sabéis algo de lo que está sucediendo, y nosotros os contamos quiénes somos y por qué estamos en peligro —ofreció Iris mientras se posaba en la mano de Diego y la iluminaba.

Cáscara continuaba en el bote y pegó su cara lo más que pudo al

cristal, esperando salir cuanto antes. Desde allí, le llegaban los colores de su amiga bolapompa, la más valiente del mundo. Hubo un momento de expectación, todos se miraban mientras se producía el intercambio de rehenes.

—Jimena, jura que no vas a gritar y que no vas a pisar a estos señores diminutos.

—No somos señores, somos miniseres.

—Louzz promezzzztrro —dijo Jimena mientras hacía vibrar a Bab, que apretaba sus labios.

—Soltadla poco a poco —ordenó Tritón. —¡Ni miniseres ni nada! ¡Fueraaaaa de mi habitacioooooón! —gritó Jimena en cuanto la soltaron.

—¡Jimena, cállate! —sentenció Diego, que se había tomado en serio lo de ser grande y peligroso—. Vamos a oír lo que tengan que decir. Hemos hecho un pacto.

Capítulo 9

UN GIGANTE ALIADO

El alfombrillo Tritón, la bolapompa Iris, el chupapasillos Bab, el armarionón Manubrio, la lamparoro Chisp y la puertitis Grisa se presentaron. No sabían muy bien explicar qué era un miniser. Así que cada uno dijo cómo era su clan y dónde les agradaba vivir, qué les gustaba hacer y comer, quiénes eran sus amigos… De pronto, se escuchó un ruido que llegaba desde el pasillo, el roce de unas pisadas, como si alguien fuera de puntillas. Para disimular, Jimena se metió en la cama, aparentó dormir imitando un ronquido y los demás se escondieron tras las cortinas.

—En realidad, ronca como un oso —dijo Diego con una risita antes de ponerse serio—. ¡Qué miedo si nos pilla mi padre levantados!

La puerta se abrió y una sombra alargada de orejas puntiagudas apareció. —Ay, ay, ay —temblaban los miniseres agarrados el niño.

A su vez, Diego también temblaba, ¡como si viera al monstruo de Frankenstein!, aunque observó la sombra y señaló: —¡No puede ser mi padre! El pobre es monstruoso, pero no tiene las orejas tan puntiagudas.

Y, saliendo de detrás de la cortina, increpó a la sombra con un

«¿Quién eres? ¡Identifícate!».

La figura que apareció por la puerta no era ningún monstruo sino el duende, que había notado la falta de seis miniseres y había salido en su busca. —¡Suéltalos! O te hago un hechizo de «revuelvetripas» del que te vas a lamentar —dijo el duende refugiándose tras la pata de la mesa—. ¡Suéltalos, te digo, una vez más!

—¡Tranquilo! —Iris tomó la palabra—. Estamos bien. Encontramos a Cáscara. Y hemos hecho un pacto para que no nos hagan daño.

El duende se retiró un poco la gorra y se rascó una de sus orejas que, efectivamente, eran muy puntiagudas, y cuando las rascaba se doblaban como juncos. Con cautela se atrevió a salir, eso sí, sin alejarse demasiado de la mesa.

—¿Dónde está Cáscara? —preguntó mirando por la habitación.

El pobre basureta continuaba metido en el bote que habían colocado bajo el edredón. Diego lo cogió y se lo mostró al duende que, en vez de mirar al basureta, no podía apartar la vista de Jimena. La chica, ahora sí, se había quedado dormida de verdad y roncaba a pierna suelta como un trol. —Ella también ha pactado no haceros ningún daño. Aunque ronque como un oso enfurecido, no es mala chica —explicaba Diego mientras abría la tapa del bote y cogía al basureta por su chaquetilla de mondas—. Eres libre, ve con tus amigos. Han venido a rescatarte.

—¡Cáscara! —gritaron todos lanzándose sobre él. Se hicieron un revoltijo de abrazos mientras la bolapompa daba vueltas alrededor.

—¡Menos mal que estás bien! ¡Yuju! ¡Yuju! —celebraban. Tras lo cual, se tumbaron en el suelo agotados. Después de la euforia y los abrazos, el duende le dio una colleja al basureta y le regañó:

—¡Nos has puesto en peligro a todos! ¡Tienes ideas rocambolescas! ¿Es que nunca piensas?

—Lo siento. Quería demostraros que no nos veían, pero… parece que sí. Nos veis, ¿verdad? —preguntó Cáscara a Diego. —Sí, os veo. Y Jimena también. No sé por qué, nunca os habíamos visto antes.

¿Lleváis mucho tiempo por aquí?

—Claro, es nuestra casa —dijo el armarionón—. Vivimos aquí.

—¡¿Qué?! ¡¿Vivís aquí?! ¡¿En nuestra casa?! Menos mal que no lo sabe mi madre… —exclamó Diego—. ¿Y por qué no os hemos visto hasta ahora?

—No, no, no, no. En vuestra casa, no. En NUESTRA casa —recalcó Iris dejándose caer sobre la nariz de Diego. —Dejemos de hablar de quién es la casa —pidió el duende—. Lo cierto es que habitamos, tanto humanos como miniseres, el mismo lugar. Hasta ahora no había problema, porque no nos veíais y podíamos compartir el espacio, pero ahora… Todo ha cambiado. —Sí —continuó Bab—, querías enjaular a Cáscara. Si no hubiéramos hecho el canje por tu hermana, seguiría en ese bote. Diego se quedó en silencio, mirando a esas cosas diminutas que decían llamarse miniseres, sin saber qué contestar. ¿Tú qué habrías hecho en su lugar?

Capítulo 10

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Ajenos a todo lo sucedido en el dormitorio de Jimena, la expedición comandada por Halmir continuaba la búsqueda de Cáscara. La calle era como la jungla para los miniseres, todo tipo de peligros acechaban. Y ya no sabían si alguno de esos humanos, que iban en todas direcciones con una prisa enorme, soltaría un grito al verlos. El portal tenía un rellano con algunas plantas donde se escondieron para determinar qué plan seguir.

—¿Cómo conseguiremos no chocar con la gente? —comenzó a sollozar Miga.

—¡Nos pisarán! —advirtió la parédula, acostumbrada a ir por las paredes, sin ningún tráfico, salvo los obstáculos de los cuadros.

La acera parecía el foso de los gladiadores cuando salen los leones. —Tracemos un plan para estar a salvo mientras investigamos —los tranquilizó el hada. Por eso era un hada de toda la vida, siempre sabía lo que había que hacer. Pero esta vez ni siquiera ella sabía cómo actuar. La urgencia de pasar a la acción los había precipitado a la calle en busca de respuestas. Halmir pensó en las motas de polvo Mo y Ta, que el duende Poc había enviado a investigar, y se imaginó

que volverían al siguiente amanecer.

—¡Venid, agrupaos! Os contaré lo que vamos a hacer —ordenó el hada avanzando—. Iremos a la Estación Central. Por allí, se suelen encontrar miniseres que van o vienen de viaje. Seguro que podemos averiguar algo sobre lo ocurrido a Cáscara.

—Lo conseguiremos —respondieron.

De un salto se montaron en el autobús que se dirigía a la Estación Central, evitando que los pisaran. Encontraron a un hombre y se subieron a su maleta por ambos lados. Los miniseres llegaron a su destino en ese taxi-equipaje, pero, antes de entrar, Halmir descubrió a un grupo de miniseres que corría hacia el Jardín de la Estación y decidió seguirlos. El hada voló tras ellos con el resto del grupo colgado de ella.

Lo más difícil era impedir que las rachas de viento los arrastraran y, en una de esas, los miniseres dieron varias vueltas de campana. El armarionón se aferró a la parédula, que sostenía por los pies a la puertitis, que, a su vez, sujetaba al cristalrita. Por su parte, Miga se agarraba las cortezas de su vestido que se desprendían, como el pan duro que eran. Cada vuelta que daban, se oían los minigritos hasta que, por fin, el viento fue una brisa suave y permitió reconducir el camino.

Cuando todavía los miniseres recuperaban el aliento y Miga reparaba su traje, el hada les indicó continuar por la derecha siguiendo a los miniseres que habían visto desaparecer por el jardín. No imaginaban que lo peor estaba por llegar.

Capítulo 11

LAS MOTAS DE POLVO

Cuando Cáscara desapareció, el duende Poc envió a investigar a las dos motas de polvo cuyos nombres eran Mo y Ta. Era necesario encontrar la causa de su desaparición. A través de la ventana de la cocina el duende les dio varias instrucciones:

—Salid y no volváis hasta que no encontréis una respuesta a este mal que nos amenaza. Mo y Ta, ¡tened cuidado con los perros y con los plumeros! Mo y Ta se impulsaron y dejaron caer sus diminutos cuerpos en la noche. El frío o el calor les daban igual, lo que no les gustaba era la lluvia, pero, en aquel momento, la luna brillaba en el cielo despejado. Su misión era avanzar en busca de alguna pista. Cuando hacían excursiones por el exterior no se alejaban demasiado. Como mucho, hasta alguna casa cercana a llevar alguna carta a otros miniseres. —¿Qué vamos a hacer, Mo?

—No sé, Ta. —Cuando lo sepas, dime algo, Mo.

—Vale, Ta.

Las motas de polvo son miniseres que hablan poco, lo que les gusta es flotar. Pero Mo y Ta eran muy valientes, cuando tenían una misión, no dudaban e iban a donde les dijesen. Como esa vez que tuvieron

que recuperar a una miniser atrapada en el sujetador de la señora Gómez. —Ta, estoy en el canalillo.

—Mo, busca dentro de esas dos montañas rosas.

—Ta, más que montañas, parecen flanes. ¡Ay, Ta! ¡Qué me aplastaaaaajjj!

—¡Mo! ¡Mo, respira! No te ahogues, voy a hacer que la señora Gómez estornude.

Y así, provocando un estornudo, Mo salvó a Ta y a la otra miniser de morir asfixiadas. Aunque la aventura que ahora nos ocupa tenía mucho más riesgo. Mo y Ta daban vueltas sin rumbo fijo, a merced del viento que parecía especialmente caprichoso. —Mo, seguimos por aquí.

—Ya, Ta.

A lo lejos se escuchó un ruido terrible y ensordecedor. Desde la avenida se aproximaba un monstruo con dos ojos amarillos como haces de luz y una tripa que daba vueltas y rugía.

—Mo, ¿ves eso?

—Sí, Ta.

—Mo, ¡échate a un lado! Ta se echó a un lado, Mo al otro y al grito de «¡Sube!», ambas saltaron en una cabriola.

—¡Menuda idea, Ta! ¡Vamos a salir disparadas! —chillaba Mo agarrada al camión de la basura.

—¡Tranquila, Mo! —dijo Ta—. Sobre todo, ¡no te caigas dentro de la trituradora!

Sin duda, Mo y Ta iban a llegar más rápido a su destino: el Jardín de la Estación. Aunque, después del tufo a basura, iban a necesitar un baño perfumado. Mo y Ta contaban las farolas que faltaban, era su manera de ver qué distancia había, y quedaban pocas, unas quince o así. Las calles estaban vacías y salvo por algún vagabundo que merodeaba, no había ni un alma. A lo lejos comenzaban a verse los árboles del parque: palmeras, abedules, sauces, castaños… Mo y Ta se limpiaban los trozos de sardinas, cáscaras de plátanos, pañuelos de mocos y otros residuos que desprendía el camión de la basura. Piensa en el tamaño de una trituradora comparado con el de una mota de polvo. —Mo, ¿cómo bajamos del camión?

—Cuando pare, Ta.

—¿Y si no para, Mo? —Pues saltamos, Ta.

—¿Al vacío, Mo?

—¡Salta, Ta! ¡Ya!

Mo y Ta saltaron y pasaron rodando más de siete farolas. Después chocaron contra un muro, se rasparon con varios árboles y acabaron en uno de los arbustos que adornaban la calle. Cuando Ta y Mo salieron de entre las hojas estaban bastante mareadas y no sabían qué camino tomar: a su izquierda estaba la oficina de Correos, a su derecha, la Estación Central.

—Ta, ¿y si vamos a ver si hay alguna carta sospechosa? ¿O un paquete con miniseres secuestrados?

—Mo, no digas esas cosas, que me dan escalofríos… ¡Eh, mira! ¡Es

Halmir! ¡Es la expedición!

—Están en la puerta de la Estación Central, Ta.

—No, ahora van volando hacia el Jardín de la Estación. ¿Qué habrán visto para ir tan deprisa? ¡Vamos a buscarlos, deben de haber encontrado algo!

Y las dos motas de polvo fueron tras sus amigos.

Capítulo 12

EL PACTO

Los ronquidos de Jimena, dormida profundamente, hacían temblar al chupapasillos Bab, que aún estaba sobre ella, vigilándola. Le provocaban tantas cosquillas que se estiraba y encogía como un acordeón. Bajo la mesa, los demás miniseres debatían si confiar o no en Diego, nunca habían establecido contacto con un gigante humano y eso que Diego era pequeño. El alfombrillo era el más desconfiado.

—¿Y si nos convierte en sus mascotas? Nos pone una correa y nos dice cuándo podemos comer o dormir. ¿Y si nos mete en jaulas? —insistió Tritón.

Sin embargo, Diego estaba feliz: ¡por fin una de sus aventuras se hacía realidad! ¡Y saber que siempre habían estado ahí, delante de sus narices! No paraba de preguntar cosas que los miniseres contestaban, entre risas, al ver a aquel gigante tan interesado: ¿por qué eran tan pequeños?, ¿por qué cada uno era diferente?… —¿Y dónde están los demás? —continuó interrogando Diego.

—No sé si podemos decírtelo, confiarte esa información nos pone a todos en peligro. ¿Y si nos traicionas? —advirtió el duende. —¡¿Cómo os voy a traicionar?! ¡Pero si sois tan tan minimolones! —dijo Diego

poniéndose de pie y dando pequeños saltos como si fuera un indio alrededor de una hoguera—. ¡Sois minigeniales! ¡Minimolamazos! A los miniseres les encantaba saltar y bailar, así que se unieron a Diego y danzaron alrededor de la habitación, emitiendo todo tipo de chillidos. Eso sí, muy bajito para no despertar a los padres ni a Jimena que dormía con sus ronquidos de trol. Finalmente, después del baile los miniseres decidieron confiar en Diego. Les caía bien, el pequeño gigante les parecía muy simpático. Se sentaron en la alfombra haciendo un corro. Allí estaban la bolapompa Iris, el basureta Cáscara, el alfombrillo Tritón, el duende Poc, la puertitis Grisa, el armarionón Manubrio y el chupapasillos Bab. A su lado, Diego, sentado como uno más. En ese momento, lograron ponerse de acuerdo y consiguieron algo muy importante: el primer pacto entre miniseres y humanos. Bajando aún más la voz, los miniseres confesaron su temor a Diego:

—Si los humanos comienzan a vernos, seguro que les damos repelús y nos aplastan como a bichos —dijo Tritón.

—Además, algo raro sucede: las desapariciones —añadió Iris.

—¿Desapariciones? —preguntó Diego, dejando de sonreír—. ¿Es que tenéis enemigos?

—No exactamente —respondió el duende.

El niño se levantó con la cara muy seria y con la mano en el pecho dijo:

—Juro que nunca os haré daño.

Iris se elevó hasta las mejillas de Diego y comenzó a chocarse contra ellas: es la manera en que las bolapompas dan besos. Enseguida, los demás miniseres se unieron a Iris diciendo: «Ven, te llevaremos con los demás». Aunque, más bien, era Diego quien los llevaba colgados de los pantalones de su pijama.

De pronto, en el salón, se escuchó un ruido de dientes al castañetear de miedo: «Tetetetetetatatatatatatatatitititititititi». En realidad se oía así: «Ttetetetetatatatatatatatatitititititititi», porque los miniseres son muy pequeños y sus ruidos se perciben muy bajito para nosotros, los humanos. Y una voz surgió bajo el sofá:

—¡Socorro! ¡Hay un gigante! Seguida de más castañeteos de dientes: «Tetetetetetatatatatatatatatitititititititi». Que, incluso, aumentaron de volumen: «Tetetetetetatatatatatatatatitititititititi».

—Tranquilos —dijo Iris. —Somos nosotros, no hay nada que temer —continuó Poc—. Ahora, Diego es nuestro aliado.

Y asomó la cabeza con sus inconfundibles orejas.

—¡Poc, eres tú! Pensamos que algo malo había pasado —le reconoció la abuela basureta doña Monda—. ¡Tardabas tanto en llegar!

Doña Monda miró al gigante como si ya fuera uno de los suyos. Al lado de Diego vio a su inconfundible nieto, Cáscara, y empezó a gritar:

—¡Estás vivo! ¡Ese es mi nieto, un superviviente!

Seguidamente, por debajo del sofá, se asomaron muchas mininarices. Y cien miniojos miraron a Diego con cautela. Pero, cuando vieron a Cáscara bajar y abrazar a su abuela, los miniseres acudieron en tropel a saludar a su amigo basureta. Sin poder resistirlo, llenos de euforia, alzaron a Cáscara a hombros y empezaron a saltar y canturrear. De la emoción, un armarionón levantó a doña Monda por los aires y se le vieron las enaguas de patata. No fue una buena idea porque el armarionón comprobó en su cabeza el enfado de la abuela basureta.

Tras la euforia, Cáscara contó lo sucedido y cómo Diego había jurado no hacerles daño. Uno a uno, con las más extrañas reverencias o, más bien, posturas raras y piruetas, se presentaron ante Diego: —Me llamo Grogui, soy un sofazoso.

—Y yo, Pata Plismicof, y esta es mi familia, los Pataplismicofis.

Somos sillapejos del Norte. —Y se asomaron cinco sillapejitos. —Hola, soy una colchonuta, mi nombre es Quida y este es mi novio, Oggrr. —Mientras hablaba, daba codazos a Oggrr, que se estaba quedando dormido.

Uno tras otro, la comunidad de miniseres presentó sus saludos a Diego, que les miraba atónito, entre la risa y la admiración. En el último «Hola, me llamo…», un ruido en la ventana advirtió a los cristalritas, que dieron la voz de alarma. Las motas de polvo habían vuelto, aunque más bien parecían dos cagarrutas voladoras. Apestaban a basura y no paraban de hablar: ¡Qué vergüenza, Ta!

¡Qué peste, Mo!

¡Tienes plastas en la cabeza, Ta!

¡Y tú llevas plásticos en las orejas, Mo! —¡Contadnos qué habéis visto! —interrumpió impaciente el duende.

—¡Mucha basura! —dijo Mo, posándose sobre la mesa.

—Sí, Mo —dijo Ta. Los mesaposas acudieron y las zarandearon para espabilarlas, mientras las parédulas soplaban para quitarles la porquería que las aplastaba. De pronto, recobraron el sentido.

—Se encuentran en la Estación Central —reveló Mo—. ¡La expedición está en peligro! Hemos visto que los seguía una sombra y, ¡zas!, los hemos perdido.

—Tenéis que ir al Jardín de la Estación —continuó Ta.

—¡Vayamos a rescatarlos! —exclamó Cáscara. Y reuniendo a un grupo de voluntarios, el basureta decidió partir de inmediato en su busca. —Voy con vosotros —se ofreció Diego—, creo que vais a necesitar mi ayuda.

Capítulo 13

EXPEDICIÓN 2: AL ENCUENTRO DE HALMIR

El grupo para rescatar a Halmir y los demás iba a partir enseguida. Los miniseres de la casa estaban asustados. Echaban de menos a su hada de toda la vida y sentían que todo era un peligro. El duende Poc lo sabía y, para que el miedo no se apoderara de los más pequeños, montó un espectáculo de magia con sus orejas. ¡No sabéis la de cosas que salen de las orejas de un duende… además de pelotillas de colores! ¡Más que de la chistera de un mago! Mientras tanto, Cáscara quería salir por la ventana para llegar más rápido. Menos mal que le convencieron de que ese no era el lugar por donde salir. Sobre todo, porque vivían en un sexto piso. A cambio, Diego los alojó en los bolsillos de su sudadera y, para que no lo reconociera nadie, se puso la capucha. Con los pantalones del pijama y las deportivas tenía una pinta estrafalaria. Por suerte, a las cuatro de la madrugada, no encontraría a muchos vecinos.

La calle estaba vacía, salvo el ruido lejano de algún camión de la basura. A pesar de que era primavera, por la noche, hacía bastante frío y, por un momento, a Diego le pareció una locura lo que estaba

haciendo. Alejarse a esas horas de su casa, de su cama tan calentita, con unos bichillos (por suerte no le oían, porque era un insulto tremendo) que se hacían llamar miniseres…

«¿Qué hago aquí en medio de la calle? ¡Nunca he hecho algo así! ¡Si ni siquiera sé cuál es la dirección del Parque de la Estación!», se decía Diego. La ciudad a esas horas de la noche daba miedo, como si se hubieran llevado a los seres humanos a otra parte, y los edificios tuvieran ojos oscuros y fueran a engullir a quien se moviese. De pronto, toda la excitación del grupo se convirtió en terror y unos escalofríos les hicieron estremecerse.

¿Y si realmente había secuestradores de miniseres?, ¿y de niños?, ¿cómo se iban a defender si los encontraban?, se preguntaba Diego.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Cáscara, que sabía que algo no iba bien.

Iris se acercó a Diego, se situó muy cerca de su nariz y le miró a los ojos.

—¿Estás bien? No es frío, ¿verdad? Yo también tengo miedo —le tranquilizó la bolapompa, comprensiva—. Has sido muy valiente al acompañarnos, me gusta que vengas con nosotros.

Y, como un balón de malabares encima de la nariz de una foca, la bolapompa empezó a girar para hacerle reír. —¡Eres tan bonita! —dijo Diego sonriendo y mirando a Iris, cuando empezó a sentir un picor irresistible en la nariz y… ¡¡aaa…, aaa…, aaaaaaaaa… chiiiiiiiiiiiiiiiiís!!

Algo parecido a un huracán hizo volar a la bolapompa hasta la acera de enfrente y los demás miniseres cayeron al fondo del bolsillo.

—¡¿Qué ha sido eso?! —gritó Tritón abrazándose a sus amigos—. ¡Vamos a morir, lo sabía! Diego corrió veloz a recoger a la bolapompa al otro extremo de la calle.

—Perdona, Iris. He estornudado por tus cosquillas. No he podido evitarlo.

Una minialgarabía sucedía en sus bolsillos. Con Iris ya recuperada,

Diego buscaba a los demás por su sudadera. —¿Qué tal estáis vosotros? —preguntó mientras abría el bolsillo y descubría a Grogui pisando la nariz del chupapasillos Bab, que se aplastaba sobre Grisa. Por fortuna, las puertitis son muy flexibles... El que no tenía tan buena pinta era Cáscara, que estaba debajo de Grisa, Bab y Tritón. Además, cuando los alfombrillos se asustan, se vuelven más peludos. —Difff…, Difff… eee… gojjj, ¿nofff haaan atacadofff? —preguntó Cáscara con voz de basureta aplastado.

Pero el estornudo no solo le había servido a Diego para despejarse, sino también para recuperar el valor y animar al grupo:

—Vamos, no hay tiempo que perder. La vida de vuestros amigos está en peligro.

Y su figura se perdió entre las callejuelas.

Capítulo 14

ALGUIEN QUE CORRE MÁS

Al llegar al siguiente cruce, se encontraron con dos calles y no sabían qué dirección tomar. Ta y Mo les habían dicho que debían llegar a una plazoleta con un vagón de tren en el centro, y que luego tendrían que bajar por la calle de la izquierda hasta encontrarse con la estación y, seguido, se toparían con el parque.

Se dividieron en dos grupos: por un lado, Cáscara con Diego. Por otro, Iris, Tritón, Grogui, Bab y Grisa. —Nos veremos de nuevo en esta esquina en quince minutos. Una de las dos direcciones será la correcta. El grupo que la encuentre guiará a los demás.

Diego se encaminó por la calle de la izquierda. En una de las aceras se veían cuatro o cinco árboles además de tres farolas, la última de ellas apagada, justo al lado de un semáforo solitario. Ahora que Iris y los demás se habían marchado por la otra calle, se sintieron tan solos como aquella farola rota.

Los ojos de Diego miraban con desconfianza a los lados, como si de cada portal fuera a abalanzarse alguien sobre ellos. Una inquietud se apoderó del niño y del basureta que se sentaba sobre su hombro. Si al

menos hablaran… Sin embargo, Cáscara iba demasiado silencioso para lo que era habitual en él.

—Vas muy callado, amigo —dijo Diego—. ¿Te preocupa algo, además de que nos secuestren y nos hagan pedacitos? —Qué graciosos sois los humanos, ja, ja, ja. —Pero no salió ninguna risa del basureta.

—¿Qué te ocurre?

—Si te lo cuento, ¿me prometes no decírselo a nadie?

—Te lo juro —afirmó el niño, olvidándose por un instante del miedo que tenía. Estaban cerca de la farola sin luz y la oscuridad de la calle crecía a cada paso que daban.

—Está bien, te lo contaré. No se lo he dicho a nadie nunca, me da demasiada vergüenza… Pero ahora temo no volverla a ver. Y me siento un cobarde por no habérselo confesado…

—¿De qué se trata? —Estoy enamorado de Halmir —reveló Cáscara poniéndose tan rojo como el semáforo—. Sí, sí, ya lo sé, no me lo digas… ¿Cómo un basureta como yo se atreve a decir eso? Ayyyy, no soy merecedor de un hada. ¿Cómo podría atraerla el olor a basurilla o parecerle atractivos mi cuerpo de pipas y la cáscara de avellana en la cabeza? —Te entiendo.

—¿Me entiendes? —¡Pobre Cáscara, eres víctima del amor! ¡Qué asco!

—Oye, un respeto, ya sé que soy un basureta, pero tengo mi corazoncito…

—¡No, no lo digo por tus cáscaras! Lo digo porque enamorarse debe de ser un asco. ¡Puajjjj! —¿Por qué? ¡Qué vaaa! ¡Mola! Es emocionante, te vuelves…, no sé…, como si fueras un doble miniser, ¿entiendes? Como si tuvieras cuatro manos, cuatro ojos. Cuando la veo, siento que yo también tengo alas…

De pronto, pararon de hablar y escucharon unas pisadas. Una figura apresurada cruzó la calle de enfrente y se desvió por la derecha. El corazón de Diego comenzó a latir con tal fuerza que se

podía oír en la calle entera. Más bien, dos corazones, porque el del miniser también palpitaba a toda velocidad con su minilatido. Con la capucha hasta la nariz, Diego siguió a esa silueta misteriosa que avanzaba rápidamente. Al ver que la perseguían, comenzó a correr. Diego metió a Cáscara en el bolsillo y se embaló tras ella. La calle era estrecha y le sacaba bastante ventaja. Llegaron a una plaza y Diego se detuvo, debía regresar para buscar a los demás y decírselo: allí estaba, en el medio, ¡el famoso vagón! El corredor al que seguían, que también llevaba capucha, se giró en el otro extremo de la plaza y le miró por un segundo, antes de emprender de nuevo su fuga.

—¡No podemos continuar sin los demás! —gritó Diego.

—¡Rápido, regresemos a por ellos! —ordenó Cáscara—. Y yo con estas tonterías del amor… ¡Halmir está en peligro!

Capítulo 15

EL PARQUE DE LA ESTACIÓN

Diego y Cáscara encontraron a la otra parte del grupo y les contaron lo que habían visto. Juntos encaminaron sus pasos hacia la Estación Central. La luz de la luna se colaba entre los edificios y dibujaba la sombra veloz de Diego en las paredes. A su lado, le seguía Iris, que temblaba porque cualquier cosa podía aplastarla. En el interior de la sudadera del niño, Grisa se preparaba para luchar dando botes, Tritón maldecía y Cáscara tranquilizaba a Bab, que, como estaba nervioso, producía demasiada saliva y el bolsillo se empezaba a inundar.

—¡¿Quieres parar, Bab?! Nos vamos a ahogar… ¡Puaj! ¡¿Serás chupapasillos?!

—Silencio. Hemos llegado a la estación —susurró Diego—. Mirad, el parque está ahí. ¡Vamos, por este lado! Sigilosamente, Diego saltó la verja, porque a esas horas de la noche las puertas estaban cerradas, y se coló entre los setos. Sospechaban que el encapuchado se dirigía al mismo sitio que ellos, aunque no se veía a nadie. Intentaron no hacer ruido, pero el sonido al pisar algunas ramas les delataba. En el Paseo del Parque de la Estación había máquinas de locomotoras

antiguas que se elevaban ante ellos. Algunas eran enormes. A Diego le deslumbraban esos engranajes de hierro iluminados por la luna. Los trenes que en otro tiempo se movieron con la velocidad del futuro yacían inmóviles, como fantasmas de hierro. —Parece un cementerio —dijo Iris acercándose más a Diego.

—No tengas miedo, solo son máquinas. —Y refugió a la bolapompa en su mano.

Sin embargo, impresionaba andar de noche entre esas locomotoras. Por un momento, las chimeneas parecieron echar vapor, enfurecidas por estar tan quietas, y casi podía oírse el chirrido de las ruedas sobre los raíles a través del parque. Diego imaginó los vagones llenos de pasajeros que decían adiós a través de las ventanillas. El paseo, en un instante, se colmó de viajeros con sus maletas y los árboles parecieron echar a andar para subir, también ellos, al tren.

—¡Eh, eh! Que te has quedado embobado… —interrumpió Cáscara, que había trepado desde el bolsillo hasta la capucha.

—¿Qué pasa? —respondió Diego sobresaltado, saliendo de esa visión fantasmal.

—¡Vamos, rápido! Este lugar parece embrujado y cobra vida.

Con un escalofrío, dejaron atrás el paseo y avanzaron entre los parterres. Rodeando los setos llegaron a un claro, donde Ta y Mo decían haber visto a Halmir por última vez. No encontraron nada que les llamara la atención. No había rastro de Halmir, ni de los miniseres que la acompañaban. Bab, Tritón y Grisa rastrearon el suelo en busca de pistas que indicaran qué había podido pasar. Cáscara, montado encima de Iris, sobrevoló las flores plantadas. La luz iridiscente de la bolapompa provocaba un efecto extraño sobre los pétalos. Si sus amigos estuvieran allí, habrían visto la luz y salido de su escondite.

—Aquí no están —dijo Cáscara desanimado.

—Por aquí tampoco —gimió Tritón. Entonces, justo detrás de ellos, un crujido de rama seca dio la alerta. El cuerpo de Diego se giró advirtiendo el peligro. Desde varios lugares diferentes, los agresores

cayeron sobre ellos. El pánico inmovilizó a Cáscara y los miniseres. No imaginaban ese ataque.

Gritos y minigritos. Golpes y minigolpes. Diego forcejeaba con un encapuchado. Los dos rodaron por el suelo y, tras frenar contra un seto, lucharon en el suelo. Grisa intentó ayudarle, pero fue apresada entre varios. Bab era el único que continuaba libre porque, como si fuera un aspersor, escupía alrededor suyo sin parar y los enemigos se alejaban aullando: la saliva de los chupapasillos se vuelve muy ácida cuando se enfadan.

Cáscara e Iris intentaron ayudar a sus amigos, pero no lo consiguieron, pues una encerrona les esperaba. A Iris la metieron en una bolsa y a Cáscara lo sujetaron entre dos. Hubo más golpes. A su lado, sobre el suelo, el encapuchado verde inmovilizaba a Diego. Un pestazo insoportable comenzó a extenderse, una nube de polvo se movía por encima de sus cabezas y un olor fétido los atontaba. —¡Es el fin del mundo! Un enjambre de minigritos tronaba entre los arbustos. «¡Puajjj! ¡Auuuuu! ¡Iiiiih! ¡Aaaaj!», se escuchaba por todas partes. —¡Un momento! —gritó el basureta—. ¡Esta peste es pis de mota! —¡Aaaaaaaaaaaalto! ¿Sois motas de polvo que nos están meando encima? —gruñó el chupapasillos.

—¡Parad! ¡Qué peste! —suplicó Iris dentro de la bolsa.

—¡Es pis de polvo! —exclamaron los miniseres—. ¡Aaaaaaaah! La peste logró su objetivo y la pelea se detuvo por un momento. El silencio se apoderó de los dos bandos. Todas las cabezas, grandes y diminutas, miraron hacia arriba. Un ejército de motas de polvo los divisaba con cara de «¡Por fin habéis parado!».

—Hemos tenido que hacer pis, gente —dijeron las motas—. Es que no nos escuchabais.

Tras la confusión de la emboscada, unos y otros contemplaron que todos eran miniseres. Menos Diego y el encapuchado verde que le inmovilizaba contra el suelo. De un tirón, pillándole desprevenido, le desenmascaró. Unas trenzas negras cayeron sobre la nariz de Diego. ¿Estaba luchando contra una niña? ¡Lo estaba inmovilizando una niña! —Oye, ¿te puedes levantar de encima de mí? —preguntó, con enfado, Diego.

—¡Qué locura! ¿Por qué nos atacáis? ¿Qué hacéis aquí? —preguntaron los miniseres a la vez.

—¡Estamos buscando a nuestros amigos! ¡Han desaparecido! —respondieron los miniseres también a la vez.

—¡Halmir! ¡Halmir! ¿Dónde estás? —vociferó Cáscara.

—¡Sumi! ¡Bosfor! —gritó a su lado una mesaposa a la que no conocía.

Pero ninguno de ellos obtuvo respuesta.

Capítulo 16

¿Y AHORA QUÉ?

A la luz de la farola cercana, Diego e Irene se miraron. Los dos debían de ser, más o menos, de la misma edad, aunque Irene era más alta y delgada. Su cara redonda tenía una piel pálida con algunas pecas cerca de la nariz.

—Hola, me llamo Mancha, ¿y tú? —se presentó una miniser moviendo su mano en círculos, primero hacia abajo y luego hacia arriba, como hacían los mesaposas cuando saludaban.

—Yo, Cáscara —respondió chocando sus nudillos como si cascara un huevo, el saludo oficial de los basuretas - . Y estos son Iris, Bab, Grisa y Tritón. Al escuchar a los miniseres, la encapuchada, que se sacudía los pantalones, se adelantó y extendió su mano.

—Me llamo Irene. Siento haberte tirado. —Y yo, Diego —dijo levantándose deprisa—. No pasa nada. Me pillaste desprevenido.

—Ya… —Una mueca de sonrisa asomó en la cara de la chica.

—Lo que menos esperábamos era un ataque de otros miniseres —explicó Diego.

—Lo siento, pensamos que erais los secuestradores —se disculpó Mancha.

—¿Cuándo desaparecieron vuestros amigos? —preguntó Iris. —Hace una semana, los hemos buscado por muchos sitios antes de llegar hasta aquí. —¿Conoces a alguien como nosotros, que pueda verlos? —preguntó Irene.

—No —contestó Diego—. Pensaba que mi hermana y yo éramos los únicos. Hace tan solo unas horas que veo a los miniseres —reconoció.

—Yo llevo tres días pudiendo verlos. Cuando Sumi y Bosfor desaparecieron, los demás se alarmaron y me pidieron ayuda —dijo Irene. La sorpresa de lo sucedido no desaparecía de los ojos de los dos niños. Ni tampoco de los miniojos de los miniseres. Ambos bandos intentaban buscar una explicación.

—Bosfor siempre está comiendo, debería haber migas o pipas de fruta —dijo una puertitis. —Y Sumi es una colchonuta, habría restos de alguna cama improvisada —comentó un mesaposa. Sin embargo, no había rastro de sus amigos, como si se los hubiera tragado la tierra. Así que decidieron trazar un nuevo plan y retroceder hasta la entrada del parque, el punto donde fueron vistos por última vez. En las puertas de hierro, discutían sobre qué dirección tomar, cuando Mancha, la basureta que llevaba Irene en el hombro, dijo: «Pelo de pico», la contraseña para indicar algo peligroso. La miniser señalaba a un individuo que pareció huir al verlos. Irene le hizo una seña a Diego y este mandó a Cáscara bajar desde el hombro hasta el bolsillo de la sudadera, como si se tratara de un ascensor, para alertar a los demás. La sombra se había esfumado por la calle de atrás de la Estación, sin saber que el grupo, con mucho sigilo, seguía sus pasos.

—¡Sea quien sea, es muy veloz! —gritó Mancha, que casi no podía agarrarse porque Irene había empezado a correr.

—¡Se nos escapa! —advirtió Diego.

—Ya lo veo, se ha desviado hacia los antiguos almacenes.

Cruzaron resoplando la calle y vieron a la sombra esfumarse al interior de uno de ellos.

Era el gran momento, dentro de aquel edificio estaría la respuesta

y, sin duda, desentrañarían el misterio de las desapariciones. —Aprovechemos el entramado de este cablerío —animó Tritón, al que le encantaban los pelos de la alfombra, y los cables le parecían el flequillo del edificio. El alfombrillo trepó con Cáscara por una de las paredes hasta alcanzar uno de los cables que colgaban.

—Ja, mira, son lianas de la jungla —describió Cáscara y, como si fuera un mini-Tarzán, se lanzó.

—¡Cuidado con el crist…! —avisó Tritón.

—¡Oh, oh! Me temo que hay zumo de Cáscara —dijo Diego que había visto el salto y el golpetazo.

Irene hizo señas con la mano a Diego para que la ayudara a subir a una de las ventanas superiores. Se podría encaramar al canalón y entrar por uno de los cristales rotos. Diego puso las manos entrelazadas para impulsar a su nueva amiga. —¡Agarraos a mis trenzas! —Ordenó Irene a algunos miniseres—. Confiad en mí, no suelo resbalar.

—Te sigo volando —dijo Iris.

A través de los cristales rotos, Irene consiguió meter una mano y abrir la ventana. Los miniseres vitorearon al entrar, pero un sonido metálico les heló la minisangre en sus minivenas. El almacén tenía dos plantas, en la de arriba, donde se encontraban, había una oficina y una plataforma abierta al piso de abajo, desde la que se asomaron.

De un gran contenedor, situado en lo alto del engranaje, caían piezas a una cinta industrial. Los prisioneros las recogían e incrustaban, sin parar, unos cables con sus minimanos. En las caras se observaban demasiadas horas trabajando. —¡¡Han secuestrado a nuestros amigos para convertirlos en esclavos!! —exclamaron aterrados Irene y los demás.

Capítulo 17

LOS MINIESCLAVOS

Con rapidez, Diego y los miniseres se metieron en el callejón porque alguien salía del edificio. Al despedirse, el que parecía el jefe dijo que podían dejar el mando a un tal Cuatrocaras hasta que volvieran al día siguiente. Los miniseres los vieron marcharse, ahora se enfrentarían a ese Cuatrocaras y rescatarían a sus amigos. Iris apareció a su lado.

—¿Qué pasa ahí dentro?

—¡Es horrible! Es tan tan tan espantoso… Tan tan tan escalofriante, tan tan tan… —Iris empezó a agrandarse y a agrandarse a medida que decía «tan tan tan…».

Y ya sabéis que las pompas son muy delicadas y si crecen y crecen y crecen, pues quizá: ¡B U M!

—Iris, Iris, tranquila —la calmaban los miniseres.

La bolapompa comenzó a llorar. Es muy raro ver a una bolapompa llorar, todos sus colores se apagan y parece transformarse en una piedra.

—¡Les han con-con-ver-ti-tido en mi-mi-minies-es-clavos! —dijo Iris

hipando. Y con cada hipo, iba recuperando su tamaño original.

—¿Queeeeé?

—Sí, están sin fuerzas, parece que no han comido ni dormido en días —explicó Iris desde las manos de Diego—. Hay un robot que grita a los miniesclavos dando órdenes.

—Ahora es el momento de liberarlos —ordenó Diego.

La bolapompa fue a avisar a Irene al interior del almacén. Allí estaban aterrorizados. Los tres malhechores se habían ido y un robot dirigía a los miniesclavos con órdenes aún más severas.

—¡RRRRR-vamos! —rugía el ser mecánico con una voz metálica y fiera—. ¡Más RRRRRÁpido! La cara del robot era casi humana, no tenía pelo y la superficie del cráneo era de plástico color carne. En el resto del cuerpo, los cables unían los brazos y las piernas. Impresionaba ver al humanoide de ojos rojos.

—Da un poco de miedo. Bueno, más bien mucho —dijo muy bajito la mesaposa Mancha—. Nunca había visto una máquina que hablara.

—Tiene cara humana —continuó Irene, que estaba igual de atemorizada y sorprendida que sus miniamigos.

Diego trepó con los demás por la ventana. Sin embargo, tenía vértigo y evitaba mirar al suelo. «Ójala hubiera sido un mini-Diego para ayudarme con los cables», pensó.

—Ya casi estamos —dijo el alfombrillo Tritón—. No tropieces con ese cable que hay ahí, a tus pies ¿Lo ves? ¿LO VES? ¿LO VES? ¡Está claro que noooooooooo lo veeeeees!

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! —gritó Cáscara volando boca abajo mientras alguien le sujetaba de una bota—. ¡Otra vez nooooo! ¡Contra la pared noooooo!

Diego y los miniseres colgaban uno de otro como si estuvieran en una atracción de feria. Sin control, claro. El pie de Diego se había enredado con el cable con tan mala suerte que le había hecho tropezar; y con tan buena suerte que al engancharse había evitado que se aplastasen contra el suelo.

—Resguardaos en mis bolsillos —ordenó Diego—. ¡Vamos a entrar a lo grande!

Con un balanceo cada vez más fuerte, hechos un ovillo, irrumpieron a lo grande por una de las ventanas del almacén.

Capítulo 18

UN PLAN IMPROVISADO

¡CRRRRAAAAAAASSS!
¡CROCS, CATACRÓN, CRONCRÓN!

¡FIIIIIIIIIUUUUUUUSSS! Como una zapatilla lanzada, llegaron espachurrados hasta los pies del androide, que los miró furibundo o, lo que es lo mismo, con ojos rojos de robot enfurecido.

—¡Esto es una entrada a lo grande! —celebró Cáscara con las mondas del traje totalmente descolocadas.

—¡Esto es estilo alfombrillo! ¡Ha molado! —continuó Tritón eufórico—. ¡Qué bien se patina en este suelo!

—¡Ssssshhhh! ¿Seréis metepatas o, mejor dicho, minimetepatas? —dijo Diego dando minimanotazos a sus amigos.

Unas botas redondeadas avanzaron y el robot levantó el pie para aplastar a Cáscara y a Tritón y convertirlos en puré de miniseres.

—¡Cuatrocaras, qué ganas tenía de conocerte! —dijo Diego poniéndose de pie.

La rapidez del niño dejó al robot paralizado sin saber qué hacer.

—Cuatrocaras, he traído a estos dos miniseres que he cazado hoy. —Y cogió a Cáscara y Tritón de las minipiernas elevándolos por los

aires—. Siguiendo las órdenes del mando superior. —¡¿Qué haces?! —Tritón no se podía creer lo que pasaba.

—¡¿Te has vuelto loco?! —Pataleó Cáscara—. ¡Traidor!

Cuatrocaras miró a los dos miniseres que colgaban como un par de cerezas de la mano de Diego. La entrega de estos nuevos prisioneros convenció al robot. Y su rostro giró a una expresión de sonrisa congelada. Ahora entendían el porqué de su nombre, aunque aún faltaban dos caras por conocer. Pero lo mejor sería no ver ninguna más y salir corriendo de allí cuanto antes. —Bueno, yo ya me voy, Cuatrocaras, tengo que secuestrar más miniseres —intentó despedirse Diego.

—Tú queeeeeDARRR —ordenó el robot llevándose al basureta y al alfombrillo.

Los ató a la cadena de montaje con un alambre en el tobillo. Los pobres Tritón y Cáscara no sabían qué hacer entre los miniseres que parecían zombis, con la mirada fija en el trabajo. —Halmir, ¿dónde estás? —preguntó el basureta buscando al hada—. Halmir, ¡soy yo! ¡Tu amigo Cáscara!

Una de las minicaras se giró. ¡Era ella! ¡Halmir! La había encontrado por fin. Sus ojos, hundidos del cansancio, brillaron con una luz azul al oír la voz de su amigo.

—¡Cáscara! —sonrió el hada. Sus mofletes dejaron de ser grises y sus labios recuperaron el color que tenían. Las alas, que estaban colgando como dos flores marchitas, se elevaron.

Los demás pararon el trabajo y con sus miniojeras se miraban unos a otros como si despertaran de un sueño. —Tengo hambre —protestó Miga, que estaba al lado de Halmir.

—Y yo tengo sueño —bostezó una colchonuta, que recuperaba su personalidad.

—Tú debes ser Sumi —se presentó Tritón—. Tus amigos te están buscando. Nos han hablado de ti.

—¿Amigos? —repitió Sumi extrañada—. ¡Sí! Ahora que recuerdo,

¡yo tenía amigos! ¡Es verdad! ¿Dónde están?

Un gruñido metalizado interrumpió desde el otro lado de la sala. El robot enfadado levantó a Diego por la sudadera hasta que los pies colgaron en el aire. —Tú engaÑAAAAAAARRRRR —bramó Cuatrocaras.

—¡Huid! —ordenó Diego a los miniseres. —Ahora dice que huyamos. —El basureta se colocó bien sus mondas y miró a Halmir de nuevo—. ¿En qué quedamos?

El robot dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia los miniseres mientras, con un control remoto incorporado en su sistema, aceleraba la cadena de montaje. Las minimanitas no podían parar, intentaban detener las piezas que saltaban y los golpeaban. Cuatrocaras llevaba a Diego colgando de uno solo de sus brazos. Estaba a punto de atarlo a la cinta cuando otro androide entró en la sala. Este modelo de robot parecía superior, la piel de la cara resultaba casi humana, aunque los movimientos de los brazos y las piernas seguían siendo un poco torpes y varios manojos de cables quedaban a la vista. Debía llamarse, por lo menos, Docecaras o algo así. Con movimientos entrecortados se acercó a ellos. Diego ya se daba por muerto cuando reconoció los ojos negros de Irene. El androide comenzó a bailar. Cuatrocaras no sabía cómo reaccionar. El ritmo melódico de la danza cambió de pronto e Irene derribó a Cuatrocaras con una patada de kárate y lo lanzó sobre la cinta. Por fin, el *ballet* y las artes marciales del cole servían para algo. —¡Bieeeeeeeeeeeeeeeeen! —gritaron los miniseres.

La última cara del malvado Cuatrocaras fue una de miedo al ser engullido por la trituradora de desechos. El engranaje paró liberando a los diminutos esclavos. —¡Adiós, Cuatrocaras! —gritaron los miniseres dando saltos de alegría.

A los pies de Irene y de Diego una gran manada de miniseres se extendía como una alfombra. Un pequeño murmullo ascendía cuando hablaban todos a la vez. —¡Cuatrocaras ya no nos molestará más! —voceó el basureta.

—Sí, es verdad —aplaudieron todos.

—¡Lo mejor es que ahora somos un equipo! —dijo Diego ofreciendo su mano a Irene para chocarla.

—Sí —dijo Irene sonriendo a su nuevo amigo.

Los dos niños chocaron sus manos sellando esta nueva amistad. Los casi cien miniseres allí secuestrados imitaron ese gesto tan divertido. Diego se agachó para ofrecer su mano a Cáscara. Cuando juntaron ambas palmas, la mano del basureta medía menos de la mitad del dedo meñique de Diego. —¡Gracias, amigo! —dijo Diego—. Sabes que lo de antes fue una treta para engañar a Cuatrocaras. —Sí, tardé un poco en entenderlo. Los humanos sois tan raros, ja, ja, ja. Gracias por salvarnos —contestó Cáscara.

La minirrisa del basureta era muy contagiosa y todos los miniseres imitaron a Cáscara y empezaron a reírse a carcajadas y a saltar.

Una luz anaranjada apareció a través de la ventana e iluminó el almacén.

—Está amaneciendo —dijo Halmir y sus pequeñas alas resplandecieron—. Debemos partir, este no es un sitio seguro. —Es hora de irse —afirmó Irene, que se había retirado el maquillaje y volvía a tener su cara.

Los miniseres se juraron en idioma miniser minijuramentos. Hubo también muchos miniabrazos, minibesos, minibailes y minilágrimas de despedida. Una vez en la calle, prometieron reunirse una vez al mes en el Parque de la Estación. Cada grupo marchó sigilosamente.

Solo quedaban Irene, Diego y sus miniseres trepando a sus respectivos bolsillos. El sol asomó su primer rayo y se dieron un gran abrazo. Sin más palabras, cada uno tomó una dirección distinta. Los dos encapuchados debían darse prisa si querían llegar a casa sin ser descubiertos. Bajo sus capuchas, sonreían pensando en sus grandes miniamigos nuevos y la suerte que sentían por conocerlos.

AGENDA DE MINISERES

Alfombrillos

Les crece el pelo grueso y de punta. A los alfombrillos les gustan los pies, se agarran a la suela de los zapatos y se columpian en cada pisada. Si notas que te pican los dedos, seguro que tienes un alfombrillo entre ellos.

Armarionones

Los armarionones duermen entre las perchas y las armariononas caen en plancha sobre los cajones para buscar a los duendes que roban los calcetines. Si se enfadan, agujerean la ropa y les echan la culpa a las polillas. Arman mucho ruido y, por eso, los armarios cerrados son tan inquietantes.

Basuretas

Los basuretas suelen estar contentos. Solo tienen pánico a un bicho con pelos largos y a un monstruo con la boca enorme que, cuando aparece, aspira todo lo que se encuentra.

Bolapompas

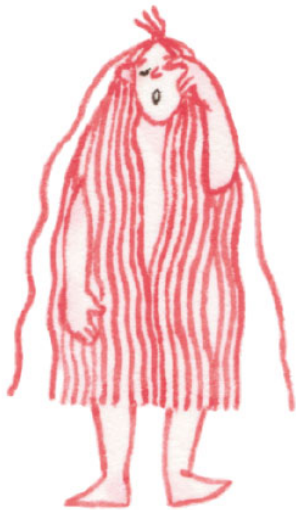
Las bolapompas de los baños y las duchas son tan juguetonas que explotan de risa. Aunque tengan un aspecto frágil, cuatro bolapompas

te pueden levantar por el aire. Bellas e iridiscentes, coquetean en el espejo, y cuando te lavas los dientes juegan a que no les alcance el cepillo.

Chupapasillos

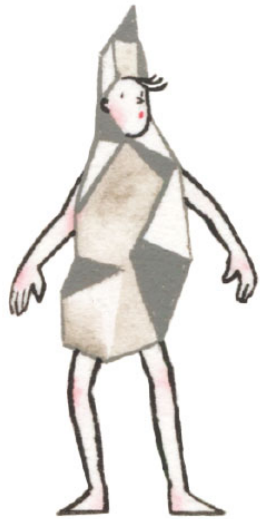
Los chupapasillos tienen pelos como flecos de fregona y sueltan babas cuando se ponen nerviosos. Son muy fantasiosos, al estar siempre en el pasillo utilizan su imaginación para divertirse. Y muy románticos, el amor entre las bolapompas y ellos es siempre un acontecimiento.

Colchonutos
Bostezan todo el rato y no consiguen abrir los ojos, pero son muy inteligentes y soñadores. No se llevan bien con los cristalritas porque son madrugadores.



Cristalritas Su color transparente les hace ser presumidos, aunque resultan bastante atómicos con su casco en la cabeza. Andan fanfarroneando sobre el mundo exterior, como si hubieran estado en

él. Pero, en realidad, nunca salen de los cristales en los que viven.



Hadas de toda la vida

Las hadas de toda la vida mueven sus alas tan rápido como los colibríes. Para su pequeño tamaño son muy fuertes y, como jamás se pierden la hora del cuento, son muy sabias.

Lamparoros Son totalmente miopes y revolotean alrededor de las bombillas calentitas. Con su lengua cazan comida de la mesa o del

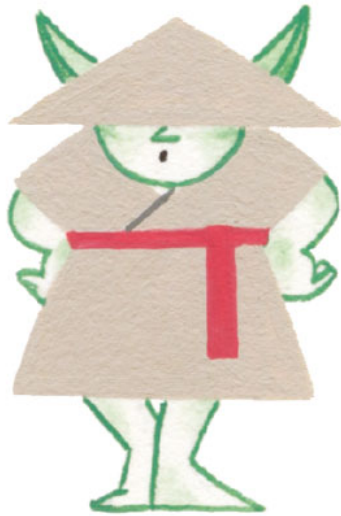
sofá, según donde se encuentren. Si no alcanzan lo que buscan, se enganchan unos a otros formando una liana que se balancea como un hilo de araña.

Mesaposas y sillapejos

Los mesaposas y sillapejos varían de tamaño, color y también de carácter, dependiendo de si son de jardín, de comedor, de despacho…

Miniduendes No miden más de dos centímetros. Son traviesos, roban

calcetines (evitando no ser descubiertos por las armariononas) y cambian las cosas de sitio. Junto con las hadas de toda la vida, son los habitantes feéricos del hogar.

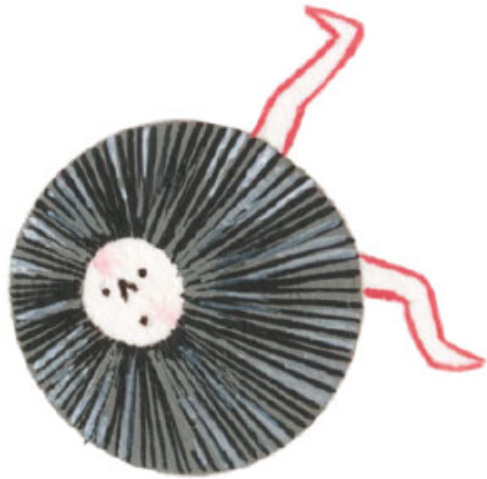


Minifantasmas

Como su nombre indica son a la vez mini y fantasmas. Si fueran grandes tendrían un aspecto temible, pero son miniseres. Cuando comen, dejan todo hecho un asco. ¡Menos mal que sus churretones son transparentes!

Motas de polvo

Les gusta flotar delicadamente y no necesitan paracaídas. Son primas de las pelusas, y cuando se juntan, organizan una gran fiesta con mucho mucho polvo.



Parédulas

Las parédulas suelen ser como tortillas aplastadas. Si al encender la luz de la pared tocas alguna, oirás un «plaf» o un «chof».

Puertitis

Las puertitis llevan una llave por colgante y realizan ruidos con sus dientes tales como «rrrrrr» y «ñiiiiiiiiñ», o «plom» cuando abren o cierran una puerta.

Sofazanes o sofazosos

Tienen un carácter amable, una buena panza y son bastante marmotas. Habitualmente, se amontonan todos juntos y roncan al

compás, mientras te sientas sobre ellos. Solo los bebés los ven, por eso brincan encima de los sofás y, claro, también encima de los sofazosos.

Bueno, ya te he contado, más o menos, cómo son los miniseres. En **tu casa** los miniseres comen, hacen caca y pis, se enamoran y tienen hijos, duermen, sueñan, roncan, se pelean, se muerden, se persiguen, les entra hambre y vuelta a empezar.

Lo que más les gusta a los miniseres de los humanos son los niños. En primer lugar, por su tamaño, son más «minis» que los adultos y eso les parece mucho más simpático. Pero, sobre todo, porque se parecen a ellos: les gusta reírse y pasarlo bien, les encantan las travesuras, no les importa mancharse, dar saltos y enseñar el culo.

Tu casa es grande, muy grande para los miniseres y **su casa** es pequeña, muy pequeña para nosotros, los humanos. Sin embargo, a todos nos hace muy feliz compartirla.

Cuando llegas a la entrada, te oyen y se acercan. Y al abrir la puerta un montón de miniseres te miran con sus miniojos y te sonríen con sus minidientes mientras gritan:

¡Bienvenido a nuestra casa!

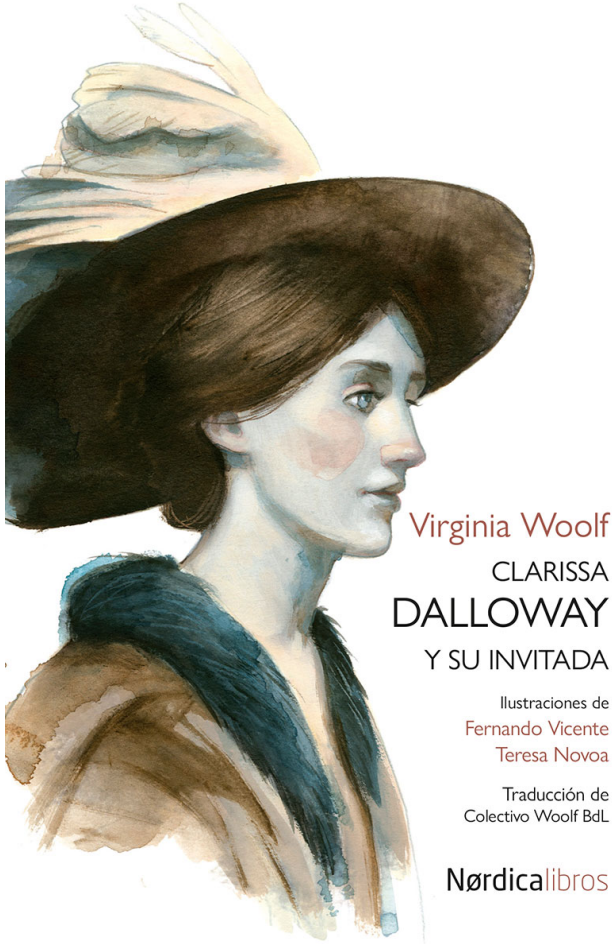
Si te ha gustado

Los miniseres

te queremos recomendar

Clarissa Dalloway

de *Virginia Wolf*



La señora Dalloway dijo que ella misma compraría los guantes.

El Big Ben sonaba cuando salió a la calle. Eran las once en punto y la hora intacta estaba fresca como si acabaran de dársela a unos niños en la playa. Pero había algo solemne en el deliberado ritmo de los repetidos golpes; algo excitante en el murmullo de las ruedas y la sucesión de pasos.

Sin duda, no todos se dirigían a hacer recados por placer. Hay mucho más que decir de nosotros, además de que caminamos por las calles de Westminster. Igual que el Big Ben no sería más que un montón de varillas de acero corroídas por el óxido si no fuera por la Oficina de Obras y Patrimonio de Su Majestad. Solo para la señora Dalloway el momento era completo; para la señora Dalloway, el mes de junio estaba lleno de frescura. Una niñez feliz… y no eran solo las hijas de Justin Parry quienes pensaban que era un buen hombre (débil, por supuesto, como magistrado); las flores en la noche, el humo ascendiendo; los graznidos de los cuervos que caían y caían desde lo más alto, en el aire de octubre…, no hay nada que pueda reemplazar a la infancia. Una hoja de menta la evoca; o una taza con el borde azul.

Pobres desdichados, suspiró, y continuó. ¡Oh, justo por debajo de las narices de los caballos, vaya un diablillo!, y ahí permaneció en la acera con la mano extendida, mientras Jimmy Dawes sonreía al otro lado.

Una mujer encantadora, serena, entusiasta, con demasiadas canas para sus sonrojadas mejillas; así la vio Scope Purvis, compañero de la Orden del Baño, al apresurarse a la oficina. La señora Dalloway se irguió levemente y esperó a que la camioneta de Durtnall pasara. El Big Ben dio la décima campanada; la undécima. Los círculos de plomo se desvanecieron en el aire. El orgullo la mantenía recta, heredera, transmisora, conocedora de la disciplina y del sufrimiento. Cuánto sufrían las personas, cuánto sufrían, pensó al recordar a la señora Foxcroft la noche anterior en la embajada, engalanada con

joyas y el alma rota porque aquel agradable joven había muerto y ahora la antigua casa señorial (la camioneta de Durtnall pasó) iría a parar a un primo.

—¡Muy buenos días! —dijo Hugh Whitbread, levantándose el sombrero de manera un poco exagerada, ya que se conocían desde que eran unos niños, al pasar junto a la tienda de porcelana—. ¿Adónde vas?

—Me encanta pasear por Londres —contestó la señora Dalloway—. Es mucho mejor que pasear por el campo.

—Nosotros acabamos de llegar —dijo Hugh Whitbread—. Para ir al médico, por desgracia.

—¿Milly? —preguntó la señora Dalloway, sintiendo al instante compasión.

—No se encuentra bien, ya sabes. ¿Dick está bien?

—Divinamente —respondió Clarissa.

Claro —pensó, mientras seguía andando—, Milly es más o menos de mi edad: cincuenta o cincuenta y dos. Así que, probablemente, sea «eso»: la actitud de Hugh lo había dicho, lo había dicho perfectamente… Mi querido y viejo Hugh, pensó la señora Dalloway, recordando con regocijo, con gratitud y con emoción cuán tímido, como un hermano (sería preferible morir antes que hablar con un hermano) se había mostrado siempre Hugh cuando estaba en Oxford y les visitaba, y quizá alguna de ellas (¡maldición!) no podía montar a caballo. ¿Cómo iban a ocupar las mujeres escaños en el Parlamento? ¿Cómo iban a hacer cosas con los hombres? Hay algo muy profundo dentro de nosotras, un instinto extraordinariamente arraigado del que no podemos librarnos, por mucho que lo intentemos, y que los hombres como Hugh respetan sin que tengamos que pedirlo. Y eso es lo que adoro de mi querido y viejo Hugh, pensó Clarissa.

Había atravesado el Arco del Almirantazgo y al final del camino, despejado y flanqueado por delicados árboles, vio la peana blanca de la reina Victoria, que irradiaba dulzura maternal, amplitud de miras y

sencillez, siempre ridícula pero tan sublime, pensó la señora Dalloway recordando los Jardines de Kensington, a la señora mayor con anteojos y a su abuela diciéndole que se detuviera para hacer una reverencia a la reina. La bandera ondeaba sobre el palacio. Así pues, el rey y la reina habían vuelto. Dick había almorzado con ella el otro día; era una mujer absolutamente agradable. Es muy importante para los pobres y para los soldados, pensó Clarissa. Un hombre de bronce se alzaba heroicamente sobre un pedestal, con un rifle a su izquierda: la segunda guerra bóer. Es importante, pensó la señora Dalloway mientras andaba en dirección al Palacio de Buckingham. Ahí estaba: firme, a pleno sol, inflexible, sencillo. Pero lo que los indios respetaban, pensó, era el carácter, algo innato a la raza. La reina visitaba hospitales, inauguraba bazares…, la reina de Inglaterra, pensó Clarissa observando el palacio. Ya a esta hora un coche atravesó la verja, los soldados saludaron y las puertas se cerraron. Y Clarissa, tras cruzar el camino, se adentró en el parque con pose erguida.

Junio había hecho brotar hasta la última hoja de los árboles. Las madres de Westminster, con los pechos moteados, amamantaban a sus hijos. Unas jóvenes bastante respetables descansaban tumbadas sobre el césped. Un anciano, inclinándose con rigidez, recogió un papel arrugado, lo estiró y lo arrojó lejos. ¡Menuda escena! La noche anterior, en la embajada, *sir* Dighton había afirmado: «Si quiero que un muchacho me sujete el caballo, solo tengo que levantar la mano». Sin embargo, para *sir* Dighton la cuestión religiosa era mucho más seria que la económica, lo que encontraba especialmente llamativo en un hombre como él. «La nación nunca sabrá lo que ha perdido», se había sincerado, hablando libremente sobre su querido Jack Stewart.

Los miniseres

¿Nunca has visto a los miniseres? ¡Eso es lo que tú te crees, porque ellos sí que te han visto a ti!

Mira a tu alrededor, son diminutos y se encuentran por todas partes: basuretas, colchonutos, bolapompas, minifantasmas, hadas de toda la vida... ¿No te has dado cuenta de su presencia? Pues vives en su casa o, lo que es lo mismo, tu casa. Ahora, los miniseres están desapareciendo y deberán aliarse con los humanos para solucionar el problema...

Eva Manzano. Nace en Madrid, donde vive y trabaja. Durante años ha centrado su actividad docente en la enseñanza de las artes plásticas. En la actualidad imparte talleres de creatividad para distintas instituciones y centros educativos privados y públicos.Su trayectoria profesional alterna las artes plásticas con la escritura. Entre sus publicaciones cabe destacar *Ayúdame a pensar, ¿Dónde está Babia?, 82 ojos y un deseo* y *Recetas de lluvia y azúcar* (10a edición).

Maite Gurrutxaga (Amezketa, Guipúzcoa, 1983). Estudió Bellas Artes en la Universidad del País Vasco (Bilbao) y la Universidad de Barcelona. En Bellas Artes redescubrió el mundo de la ilustración. Comenzó a ilustrar libros en 2008. Desde entonces, ha trabajado en libros para niños, jóvenes y adultos, así como discos, revistas o carteles. Su trabajo ha sido reconocido con diferentes galardones como el Premio Euskadi de Literatura en Ilustración de Obra Literaria o, en 2015, el Premio Lazarillo de Álbum Ilustrado.

© Del texto: Eva Manzano
© De las ilustraciones: Maite Gurrutxaga
Edición en ebook: mayo de 2022

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18930-70-6

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Los miniseres
Capítulo 1. Algo que corretea
Capítulo 2. Un problema muy pequeño
Capítulo 3. La habitación que más mola
Capítulo 4. Un acontecimiento inesperado
Capítulo 5. Pánico bajo el sofá
Capítulo 6. Una expedición a la deriva
Capítulo 7. La venganza
Capítulo 8. Intercambio de rehenes
Capítulo 9. Un gigante aliado
Capítulo 10. Más allá de las fronteras
Capítulo 11. Las motas de polvo
Capítulo 12. El pacto
Capítulo 13. Expedición 2: Al encuentro de Halmir
Capítulo 14. Alguien que corre más
Capítulo 15. El parque de la estación
Capítulo 16. ¿Y ahora qué?
Capítulo 17. Los miniesclavos
Capítulo 18. Un plan improvisado
Agenda de miniseres
Promoción
Sobre este libro
Sobre Eva Manzano
Sobre Maite Gurrutxaga
Créditos